

cios, tienen almas mezquinas, porque desde temprano se han corrompido sus gastados cuerpos, y apenas les queda suficiente vida para moverse. Sus sutiles pensamientos manifiestan espíritus sin material; nada grande y noble saben sentir; no tienen sencillez ni vigor: soeces en todo y villanamente malos, son vanos, bribones y fementidos; ni siquiera tienen el suficiente ánimo para ilustrarse en la perversidad. Estos son los hombres despreciables que se forman con la estragada torpeza de nuestra mocedad: si se hallase uno solo que supiese ser templado y sobrio, y que en mitad de ellos supiese preservar su corazón, su sangre y sus costumbres de la epidemia del ejemplo, a los treinta años estrujaría todos esos insectos, y con menos dificultad que le costó permanecer dueño de sí propio, se erigiría en árbitro de todos ellos.

Por poco que la cuna o el caudal hubiese hecho en favor de Emilio, sería él este hombre, si quisiese serlo; pero los tiene muy en poco para que se digne esclavizarlos. Veámosle ahora en mitad de ellos, introducido en el mundo, no para descollar, sino para conocerle y encontrar una digna compañera.

Sea cual fuere la jerarquía en que haya nacido y la sociedad en que empiece a introducirse, su estreno será sencillo y sin lucimiento: ruego a Dios no sea tan desdichado que brille en ella. No son sus cualidades de aquéllas que a primera vista dan golpe; éstas ni las posee ni quiere poseerlas. Hace muy poco aprecio de los juicios de los hombres para que le haga de sus preocupaciones, y no se cura de que le estimen antes de conocerle. Su modo de presentarse no es modesto ni vano, es natural y sin disfraz; no conoce la sujeción ni el disimulo, y en medio de una concurrencia es el mismo que solo y sin testigos. ¿Será por eso rústico y desdeñoso, sin atención con nadie? Muy al contrario;

si cuando está solo no valúa en nada a los demás hombres, ¿por qué no los ha de valuar en algo cuando vive con ellos? En sus modales no los prefiere a sí mismo, porque en su corazón no los prefiere; pero tampoco les manifiesta una indiferencia con que está muy distante de mirarlos: si no usa las fórmulas de la cortesía, no falta a las atenciones de la humanidad. No gusta de ver padecer a nadie; no ofrecerá su sitio a otro por monada, pero se le cederá por bondad, si ve que se han olvidado de él y juzga que le ha mortificado este olvido; porque menos le costará estarse voluntariamente en pie, que ver que otro lo está por fuerza.

Aunque Emilio no estime a los hombres en general, no les manifiesta desprecio, porque los tiene compasión y se duele de ellos. No pudiendo inspirarles afición a los verdaderos bienes, les deja los de opinión con que se contentan, no sea que, quitándoselos sin resarcírselos, los haga más infelices que antes eran. Así no es disputador ni tiene espíritu de contradicción; tampoco es contemplativo ni adulador; dice su dictamen sin contrarrestar el de nadie, porque ama la libertad sobre todo, y la sinceridad es uno de sus más preciosos derechos.

Habla poco, porque no pretende que se ocupen de él; por la misma razón, sólo dice cosas útiles: si no, ¿qué es lo que le obligaría a hablar? Emilio es muy instruido para que nunca sea parlanchín. El charlar mucho proviene necesariamente o de la pretensión de agudeza, de que hablaré luego, o del aprecio que hacemos de frioleras, y de la tontería de creer que los demás hacen de ellas el mismo caso que nosotros. El que conoce bastantes cosas para apreciarlas todas en lo que verdaderamente valen, nunca habla en demasía, porque también sabe apreciar la atención que ex-

cita y el interés que inspiran sus razonamientos. En general, las personas que saben poco hablan mucho, y las que saben mucho hablan poco. Cosa sencilla es que un ignorante tenga en mucho cuanto sabe, y se lo diga a todo el mundo; pero los instruídos no abren con facilidad su repertorio; tendrían mucho que decir, y saben que todavía queda mucho más que otros digan después de ellos, y así se callan.

Lejos de chocar con el dictamen de los demás, se conforma Emilio con él de buena voluntad; no por parecer instruído en los estilos, ni por afectar modales de hombre cortés, sino al contrario, porque no le distinguen, por evitar que lo noten, y nunca se halla más a su gusto que cuando no reparan en él.

Aunque al tiempo de su introducción en el mundo ignore absolutamente los modales de él, no por eso es tímido y medroso; si se esconde no es por confusión, sino porque para ver bien es preciso no ser visto; lo que de él piensan no le hace mella, ni le asusta que le ridiculicen. Esto es causa de que estando siempre sereno y tranquilo, no le perturba la mala vergüenza. Mírenle o no, lo que hace siempre lo hace lo mejor que sabe; estando siempre sobre sí para observar bien a los demás, comprende los estilos con una facilidad que no tienen los esclavos de la opinión. Podemos decir que toma más pronto el estilo del mundo, justamente porque le tiene en poco.

No os engañéis, sin embargo, acerca de su aspecto, ni le comparéis con el de vuestros jóvenes pisaverdes. Es entero, no presumido; sus modales son libres, no desdeñosos: el aire insolente sólo es propio de los esclavos, la independencia no gasta afectación. Nunca he visto hombre que tenga altivez en el ánimo y le manifieste en su traza: esta afectación es peculiar de las almas soeces y vanas, que sólo así pueden imponer

respeto. He leído en un libro que, habiéndose presentado un día en la sala del famoso Marcel un extranjero, le pregunto éste de qué país era: «Soy inglés», respondió el extranjero. — ¡Vos inglés! replicó el bailarín; ¡vos de aquella isla donde los ciudadanos participan de la administración pública, y son porción del poder soberano! (34) No señor; ese semblante abatido, ese mirar tímido, ese andar incierto, no anuncian más que un esclavo titulado de algún elector».

No sé si este fallo manifiesta mucho conocimiento de la verdadera relación que tiene el exterior de un hombre con su carácter. Yo, que no tengo la honra de ser maestro de baile, hubiera pensado todo lo contrario. Hubiera dicho: «Este inglés no es cortesano, pues nunca he oído decir que tuviesen los cortesanos el semblante abatido y el andar incierto: un hombre tímido en casa de un bailarín, pudiera muy bien no serlo en la Cámara de los Comunes». Por cierto que el tal Marcel debe creer a sus compatriotas otros tantos romanos.

El que ama quiere ser amado. Emilio ama a los hombres, por tanto quiere agradarles. Con más motivo quiere agradar a las mujeres; su edad, sus sanas costumbres, su proyecto, todo contribuye a mantener

(34) Como si hubiera ciudadanos que no fuesen miembros de la ciudad y, en calidad de tales, partícipes de la autoridad soberana. Pero habiéndoseles metido en la cabeza a los franceses usurpar el respetable nombre de ciudadanos, que se daba antiguamente a los miembros de las ciudades de las Galias, de tal modo han cambiado la idea de esta voz, que ya no se entiende lo que con ella quieren decir. Uno que me acaba de escribir muchas tonterías contra la *Nueva Eloísa*, ha ornado su firma con el título de *ciudadano de Pimbeuf*, y ha creído que decía un agudo chiste.

en él este deseo. Digo sus sanas costumbres, porque no influyen poco para esto; los hombres que las tienen son los que verdaderamente adoran a las mujeres. No usan, como los otros, cierta clase burlona de galanteo; pero manifiestan un obsequio más sincero, más tierno y que sale del corazón. Junto a una mujer joven conocería yo entre cien mil disolutos al hombre que tiene buenas costumbres y domina la naturaleza. Júzguese lo que será Emilio con un temperamento nuevo, y tantos motivos para resistir a él. Cerca de ellas bien presumo que algunas veces estará tímido y confuso, pero ciertamente no les disgustará esta confusión, y las menos bribonas tendrán más de una vez el arte de divertirse con ella y aumentarla. En cuanto a lo demás, su obsequio variará sensiblemente de forma según los estados. Será más modesto y respetuoso con las casadas, más tierno y más vivo con las niñas solteras; pues no pierde de vista el objeto de sus investigaciones y siempre da pruebas de más atención a lo que se las recuerda.

Nadie será más puntual que él para todas las atenciones fundadas en el orden de la Naturaleza, y aun en el buen orden social; pero siempre preferirá las primeras a las últimas, y respetará más a un mero particular de más edad que él, que a un magistrado de su misma edad. Como será, por lo común, uno de los más jóvenes de las sociedades en que se encuentre, siempre será uno de los más modestos, no por vanidad de parecer humilde, sino por un afecto natural y fundado en razón. No tendrá el impertinente descaro de un mozo presumido que, por divertir la reunión, habla más recio que las personas de juicio, e interrumpe a los mayores de edad, y no autorizará por su parte la respuesta de un noble anciano a Luis XV, que le preguntaba cuál le parecía mejor, si su siglo o éste:

«Señor, he pasado mi mocedad respetando a los ancianos, y ahora tengo que pasar mi vejez respetando a los niños».

Con un alma tierna y sensible, pero que nada valúa por la opinión, aunque guste de agradar a los demás, poco se cuidará de hacer efecto. De donde se colige que será más afectuoso que cortés, que nunca tendrá altivez y que le moverá más un halago que mil elogios. Por los mismos motivos no descuidará ni sus modales ni su atavío; acaso podrá gastar alguna afectación en su traje, no por parecer hombre de gusto, sino por hacer más agradable su presencia; más no recurrirá al marco dorado, y nunca mancillará sus galas la muestra de la riqueza.

Vemos que todo esto no requiere de mi parte mucho lujo de preceptos y que es mero efecto de su primera educación. Nos hacen mucho misterio del uso del mundo, como si en la edad en que se adquiere este uso no le adquiriese uno naturalmente, y no se debieran indagar sus primeras leyes en un corazón recto. La verdadera urbanidad está cifrada en manifestar benevolencia a los hombres, y sin dificultad se echa de ver en el que la tiene: sólo para el que carece de ella es forzoso reducir a un arte sus apariencias.

«El efecto más triste de la urbanidad que se estila, es que enseña el arte de carecer de las virtudes que imita. Inspírennos en la educación la humanidad y la beneficencia, y tendremos urbanidad o no la necesitaremos.»

»Si no tenemos la que por las gracias se anuncia, tendremos la que anuncia al hombre de bien y al ciudadano, y no necesitaremos recurrir a la falsía.

»En vez de ser artero para agradar, bastará con ser bueno; en vez de ser fingidor para adular las flaquezas ajenas, bastará con ser indulgente.

»Aquéllos con quienes así procedamos no se ensoberbecerán ni se estragarán; nos quedarán reconocidos y se tornarán mejores» (35).

Paréceme que si hay educación que deba producir la especie de urbanidad que aquí exige el señor Duclós, es aquélla cuyo plan he bosquejado.

Convengo, no obstante, en que con máximas tan diferentes Emilio no será como todo el mundo, y libreme Dios de que nunca lo sea. Pero en lo que se diferencia de los demás, no será enfadoso ni ridículo: la diferencia será palpable sin ser incómoda. Emilio será, si queremos, un extranjero amable. Primero le perdonarán sus rarezas, diciendo: *El se hará*; luego se acostumarán con sus modales y, viendo que no los muda, también le perdonarán diciendo: *Está hecho a eso*.

No será obsequiado como un hombre amable, pero le querrán sin saber por qué; nadie alabará su ciencia, pero con gusto le harán juez entre los hombres de talento: el suyo será limpio y limitado, tendrá sentido recto y juicio sano. Como nunca correrá en pos de ideas nuevas, no pecará de agudo. Le he hecho conocer que todas las ideas saludables y verdaderamente útiles a los hombres, fueron las primeras que se conocieron, que en todos tiempos son los únicos vínculos de la sociedad, y que a los espíritus trascendentales no les queda otro medio de distinguirse que ideas perniciosas y funestas al linaje humano. No le mueve este modo de excitar la admiración: sabe dónde ha de encontrar la felicidad y en qué puede contribuir a la ajena. La esfera de sus conocimientos no se extiende a más de lo que es provechoso. Su senda es angosta y

(35) *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo*, por Duclós.

bien marcada y, como no tiene tentación de salir de ella, se queda confundido con los que la siguen; ni quiere descarriarse ni lucir. Emilio es un hombre de sana razón y no quiere ser otra cosa: por más que quieran injuriarle con este dictado, él le tendrá siempre a mucha honra.

Aunque el deseo de agradar no le deje ya en una absoluta indiferencia acerca de la opinión ajena, de ésta sólo consultará aquello que tenga inmediata conexión con su persona, sin curarse de las valuaciones arbitrarias que no tienen otra ley que la moda o las preocupaciones. Tendrá a gala el hacer bien todo cuanto haga, y hasta hacerlo mejor que otro: en la carrera querrá ser el más ligero, el más fuerte en la lucha, en el trabajo el más hábil y en los juegos de maña el más mañoso; pero aspirará poco a las ventajas que no son claras en sí y que, para comprobarse, necesitan el juicio ajeno, como tener más entendimiento que otro, hablar mejor, saber más, etc., y menos todavía por las que no tienen conexión con su persona, como ser de más alto linaje, reputarle más rico, con más valimiento, etc.

Como ama a los hombres porque son sus semejantes, amará particularmente a los que más se le semejen, porque se reconocerá por bueno, y, juzgando de esta semejanza por la conformidad de gustos en las cosas morales, se complacerá mucho en hallar aprobación en todo cuanto tiene relación con el buen carácter. No dirá precisamente: «Me alegro porque me aprueban; sino: Me alegro porque aprueban lo bueno que he hecho y porque las personas que me honran se honran a sí mismas». En tanto que fueren tan sanos sus juicios, será mérito excelente alcanzar su estimación.

Estudiando ahora a los hombres por sus costumbres

en el mundo, así como los estudiaba por sus pasiones en la Historia, tendrá muchas ocasiones de reflexionar acerca de lo que el corazón humano encuentra grato o desagradable. Ya le tenemos filosofando acerca de los principios del buen gusto, y éste es el estudio que en esta época le conviene.

Cuanto más lejos vamos a buscar las definiciones del buen gusto, más nos descarriamos; el buen gusto no es otra cosa que la facultad de juzgar de lo que agrada o desagrada al mayor número; en saliendo de esto, no sabemos qué cosa sea el buen gusto. No se infiere de aquí que haya más hombres de buen gusto que de malo; porque, aunque la mayor parte forme un juicio exacto acerca de cada objeto, pocos hay que juzguen como ella acerca de todos, y, aunque el conjunto de gustos generales constituya el buen gusto, pocos hay que tengan ese buen gusto, como hay pocas personas hermosas, aunque la hermosura la constituya el conjunto de los rasgos que son más agradables.

Se ha de notar que no se trata aquí de lo que amamos porque nos es provechoso, ni de lo que aborrecemos porque nos es perjudicial. El gusto sólo se ejercita en las cosas indiferentes o, cuando más, de un interés pasajero, y no en las que están conexas con nuestras necesidades: para juzgar de éstas no es necesario el gusto, con sólo el apetito basta. Esto es lo que tan difíciles y, al parecer, tan arbitrarias hace las decisiones de puro gusto; porque no se ve la razón de estas decisiones fuera del instinto que las determina. También se deben distinguir sus leyes en las cosas morales, de sus leyes en las físicas. En éstas parecen absolutamente inexplicables los principios del buen gusto; porque, ¿quién nos dirá, por ejemplo, por qué es de buen gusto este canto y no aquel otro? ¿Quién nos

dará principios acerca de la colocación de colores? ¿Quién nos enseñará por qué agrada más un óvalo que un círculo en un cuadro de céspedes, y por qué un círculo más que un óvalo en un estanque de agua? Pero importa poco notar que en todo cuanto se relaciona con la imitación tiene parte lo moral (36): así se explican hermosuras que parecen físicas y que realmente no lo son. Añadiré que tiene el gusto reglas locales que en mil cosas le hacen dependiente de los climas, de las costumbres, del gobierno, de las instituciones; que hay otras que se refieren a la edad, al sexo, al carácter, y que en este sentido es cierto que sobre gustos no hay disputa.

El gusto es natural en todos los hombres; pero no todos le tienen en una misma medida ni en todos se desenvuelve hasta el mismo grado, y en todos está expuesto a alterarse por distintas causas. La medida del gusto que puede tener cada uno pende de la sensibilidad que ha recibido; su cultura y su forma penden de las sociedades en que ha vivido. Lo primero es preciso vivir en numerosas sociedades para hacer muchas comparaciones. Lo segundo, son necesarias sociedades de pasatiempo y ociosidad; porque en las de negocios no se lleva por regla el deleite, sino el interés. En tercer lugar, son necesarias sociedades donde no sea muy grande la desigualdad de condiciones, donde sea moderada la tiranía de la opinión y donde reine más el placer que la vanidad, porque de lo contrario, la moda sofoca el gusto, y no se aspira a lo que agrada, sino a lo que distingue.

En este último caso, ya no es cierto que sea el buen gusto el del mayor número. ¿Por qué así? Porque va-

(36) Esto está probado en mi *Ensayos sobre el origen de las lenguas*.

ría el objeto. La muchedumbre entonces no tiene juicio propio, juzga sólo por los que cree más ilustrados que ella; no aprueba lo que está bien, sino lo que aquéllos han aprobado. Haced que en todos tiempos tenga cada uno su propio sentir, y lo que en sí es más agradable se llevará siempre la pluralidad de votos.

En cuanto trabajan los hombres, nada hermoso producen como no sea por imitación. Todos los verdaderos dechados del buen gusto se hallan en la Naturaleza. Cuanto más nos desviamos del maestro, más se desfiguran nuestras pinturas. Entonces sacamos nuestros modelos de los objetos que amamos, y la beldad de capricho, sujeta al antojo y a la autoridad, no es más que lo que quieren los que nos guían.

Estos son los artistas, los poderosos y los ricos, y lo que a éstos guía es su interés o su vanidad. Los unos por hacer alarde de sus riquezas y los otros por aprovecharse de ellas, buscan a porfía nuevos medios de gasto. Así el lujo desordenado funda su imperio, y hace que agrade lo que es difícil y costoso; entonces la pretendida hermosura, lejos de imitar la Naturaleza, sólo a fuerza de oponerse a ella se mira como tal; de suerte que el lujo y el mal gusto son inseparables. En todas partes donde es dispendioso el gusto, es equivocado. Esto lo haré luego más palpable.

Particularmente en el comercio de ambos sexos es donde toma su forma el gusto bueno o malo; su cultivo es efecto necesario del objeto de esta sociedad. Pero cuando la facilidad de gozar entibia el deseo de agradar, debe degenerar el gusto, y ésta me parece ser otra de las más palpables razones de por qué está ligado el buen gusto con las buenas costumbres.

Consultad el gusto de las mujeres en las cosas físicas y que tienen relación con el juicio de los sentidos, y el de los hombres en las morales y que más penden

del entendimiento. Cuando sean las mujeres lo que deben ser, se ceñirán a las cosas de su competencia, y siempre juzgarán bien; pero desde que se han erigido en árbitros de literatura, desde que se han metido a dar su voto sobre los libros y a hacerlos a destajo, ya no entienden de cosa ninguna. Los autores que consultan a las sabias sobre sus obras, estén ciertos de que siempre los aconsejarán mal: los petimetres que las consultan acerca de su traje, van siempre ridículamente puestos. En breve tendré ocasión de hablar del verdadero talento de este sexo, del modo de cultivarle y de las cosas sobre las que merecen escucharse sus decisiones.

Estas son las consideraciones elementales que sentaré como principios, cuando con mi Emilio controvierta una materia que no es indiferente para él en la circunstancia en que se halla y en la investigación en que se ocupa. ¿Y a quién le ha de ser indiferente? El conocer lo que puede ser grato o ingrato a los hombres, no sólo es necesario para el que necesita de ellos, sino para el que quiere serles útil: pues importa agradecerles para servirlos, y nunca el arte de escribir es un estudio ocioso para quien le emplea en hacer escuchar la verdad.

Si para cultivar el gusto de mi discípulo hubiese de escoger países donde todavía no ha empezado su cultivo, u otros donde ya ha degenerado, seguiría el orden retrógrado, empezaría el viaje por éstos y concluiría con aquéllos. Consiste la razón de este orden en que se estraga el gusto por una excesiva delicadeza que le hace sensible a cosas que no distingue lo general de los hombres: esta delicadeza trae el espíritu de discusión, porque cuanto más se sutilizan los objetos, más se multiplican, y esta sutileza hace más delicado y menos uniforme el tacto. Fórmense entonces

tantos gustos como cabezas, y en las disputas acerca de la preferencia se explayan la filosofía y las luces, y se aprende a pensar. Sólo quien esté muy hecho al trato de gentes puede hacer observaciones finas, porque éstas no hacen impresión hasta después que todas las demás, y, en cuanto a las personas poco acostumbradas a las sociedades numerosas, toda su atención se la llevan los rasgos fuertes. Acaso hoy día no haya un pueblo civilizado en la tierra, donde sea más malo el gusto general que en París. Sin embargo, en esta capital es donde se cultiva el buen gusto, y pocos libros que tengan estimación salen en Europa, cuyos autores no hayan ido a formarse a París. Se equivocan los que piensan que basta con leer los libros que allí salen: mucho más se aprende con la conversación de los autores que con sus libros, y no son tampoco los autores con quien más se aprende. El espíritu de las sociedades es el que desenvuelve una cabeza pensadora y aclara y alarga la vista cuando es dable. Si tenéis una chispa de ingenio, id a vivir un año en París: en breve seréis cuanto ser podáis, o no seréis nunca nada.

En los países donde reina el mal gusto, podemos aprender a pensar, pero no como los que tienen este mal gusto, y es difícil que esto no suceda cuando vivimos mucho tiempo entre ellos. Con sus reflexiones hemos de perfeccionar el instrumento que juzga, huyendo de ejercitarle como ellos. Me guardaré muy bien de pulir el juicio de Emilio hasta alterarle, y cuando tenga tan fino el tacto que sienta y compare los diversos gustos de los hombres, le llevaré a objetos más sencillos para que se fije el suyo.

Tomaré todavía más arriba las cosas para conservarle puro y sano el gusto. En el tumulto de la disipación sabré tener con él conferencias útiles, y

encaminándolas siempre a materias que le agraden, cuidaré de que sean tan sabrosas como instructivas. Ahora es el tiempo de la lectura y los libros amenos; ahora el de enseñarle el análisis de la oración y hacer que sienta toda la hermosura de la dicción y la elocuencia. No basta con aprender las lenguas por ellas mismas, que no importa su uso tanto como se cree; pero su estudio conduce al de la gramática general. Es preciso aprender el latín para saber bien el castellano; para entender las reglas del arte de hablar, es preciso estudiar y comparar uno con otro.

Hay sin eso cierta sencillez de gusto que llega al corazón y que sólo se encuentra en los escritos de los antiguos. En la elocuencia, en la poesía, en toda especie de literatura, los hallará como en la Historia, abundantes en cosas y pocos en decidir; por el contrario, nuestros autores dicen poco y fallan mucho. Dictarnos sin cesar por ley su juicio, no es modo de formar el nuestro. En todos los monumentos, y hasta en los sepulcros, se echa de ver la diferencia de ambos gustos: los nuestros están cubiertos de elogios; en los de los antiguos se leían hechos.

«*Sta, viator; heræm calcas*» (37).

Aun cuando hubiese yo encontrado en un monumento antiguo este epitafio, al instante hubiera adivinado que era moderno, porque entre nosotros no hay cosa más común que los héroes, pero entre los antiguos eran raros. En vez de decir que uno era un héroe, hubieran dicho lo que había hecho para serlo. Comparad con el epitafio de este héroe al del afeminado Sardanápalo.

(37) Detente, caminante; pisas un héroe.

«Yo he edificado a Tarso y Anchialo en un día y ahora estoy muerto».

¿Cuál significa más en vuestro dictamen? Nuestro estilo lapidario con su hinchazón sólo vale para agrandar pigmeos. Los antiguos mostraban a los hombres al natural, y se veía que eran hombres. Jenofonte, por honrar la memoria de algunos guerreros muertos a traición en la retirada de los Diez Mil: «Murieron, dice, irreprochables en la guerra y en la amistad». Ahí está todo; pero contemplad en este tan corto y sencillo elogio cómo debía estar rebosando el corazón del autor. ¡Desventurado quien con esto no se enajena!

Leíanse estas palabras grabadas en un mármol en las Termópilas:

«Caminante, ve a decir a Esparta que nosotros hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes».

Bien se ve que no fue la Academia de las inscripciones quien las dictó (38).

Mucho me engaño, si mi alumno, que tan poco aprecio hace de las palabras, no pone suma atención en estas diferencias, y si no influyen en la elección de sus lecturas. Arrastrado por la varonil elocuencia de De-

(38) El epitafio *Sta, viator*, etc. (detente, caminante; piensas un héroe), fue compuesto para Francisco de Mercy, general alemán enterrado en el campo de batalla, en Nortlingen. Véase VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, cap. III.

Las palabras de Jenofonte acerca de los combatientes griegos muertos a traición, se hallan al fin del segundo libro de su Historia, y el epitafio de los espartanos muertos en las Termópilas se encuentra en Herodoto, lib. VII, § 228.

El epitafio de Sardanápalo lo da Strabon como sigue: «Sardanápalo, hijo de Anacindarajes, hizo edificar en un solo día las ciudades de Anquia y la de Tarso. Pasajero: bebe, come y diviértete, porque lo demás no vale un ardite».—(Nota de los editores de algunas ediciones francesas).

móstenes, dirá: «Este es un orador»; pero cuando lea a Cicerón, dirá: «Este es un abogado».

En general, Emilio tomará más gusto a los libros de los antiguos que a los nuestros, aunque no sea más que porque, siendo aquéllos los primeros, están más cerca de la Naturaleza, y su ingenio es más a propósito para ellos. Digan lo que quieran la Motte y el abate Terrason, no hay progresos verdaderos de la razón en el género humano, porque todo lo que por una parte se gana, se pierde por otra; porque todos los entendimientos siempre salen del mismo punto, y porque, siendo perdido el tiempo que se gasta en saber lo que han pensado otros para pensar uno mismo, si se adquieren más luces también pierde vigor la inteligencia. Nuestros entendimientos están, como nuestros brazos, acostumbrados a hacerlo todo con herramientas y nada por sí propios. Decía Fontenelle que toda la disputa sobre los antiguos y los modernos se reducía a saber si los árboles de otro tiempo eran más corpulentos que los de hoy. Si hubiera variado la agricultura, no iría la cuestión muy fuera de camino.

Después de haberle hecho conocer de esta manera la buena literatura, también le muestro la mala de los compiladores modernos, en diarios, traducciones y diccionarios: da una mirada a todo esto y luego lo deja para no volver nunca a mirarlo. Por divertirlo, le hago que oiga la charla de las academias, y que note que cada uno de los que las componen siempre vale más solo que en corporación: de aquí sacará por sí propio la consecuencia de la utilidad de todos estos soberbios establecimientos.

Le llevo a los teatros, no para que estudie la moral, sino el gusto, que aquí es donde particularmente se manifiesta a los que saben reflexionar. «Dejaos de pre-

ceptos y de moral, le diré; no es aquí donde se han de aprender. No está destinado el teatro para la verdad, sino para halagar y divertir a los hombres; no hay escuela donde tan bien se aprenda el arte de agradarles y de interesar el corazón humano». El estudio del teatro conduce al de la poesía; ambos tienen un mismo objeto. Si tiene una chispa de afición a ésta, ¡con qué delicia cultivará las lenguas de los poetas, el griego, el latín, el italiano! Estos estudios serán para él pasatiempos sin apremio y le aprovecharán más; le serán deliciosos en una edad y circunstancias en que con tanto embeleso se interesa el corazón en todos los géneros de belleza capaces de conmoverle. Figuraos a un lado mi Emilio y al otro un alumno de colegio, leyendo el cuarto libro de la *Eneida*, o a Tíbulo, o el *Banquete* de Platón: ¡qué diferencia! ¡Cuán agitado está el corazón del uno con lo que ni siquiera hace impresión en el del otro! ¡Oh, buen mancebo! Detén tu lectura; te veo enternecido en demasía: quiero que te agrade el idioma del amor, mas no que te descarríe: sé hombre sensible, pero sé hombre cuerdo. Si sólo eres uno de los dos, no eres nada. En cuanto a lo demás, ora adelante o no en las lenguas muertas, en las letras humanas, en la poesía, poco me importa; no valdrá menos aun cuando nada de esto sepa, ni se trate de estas fruslerías en su educación.

Cuando le enseño a que sienta y ame la belleza en todos géneros, mi objeto principal es fijar en ella sus aficciones y sus gustos, estorbar que se alteren sus apetitos naturales y que busque un día en su riqueza los medios de ser feliz, debiéndolos buscar más cerca de sí. En otra parte he dicho que el gusto no era otra cosa que el arte de entender de cosas pequeñas (39), y

(39) Véase mi *Carta a D'Alembet sobre los espectáculos*.

así es la verdad; pero una vez que los contentos de la vida penden de un cúmulo de estas cosas pequeñas, no deja de ser importante esta solicitud: por ella aprendemos a llenarla de los bienes a que podemos alcanzar, con toda la verdad que para nosotros pueden tener. No hablo aquí de los bienes morales que penden de la buena disposición del ánimo, sino sólo de lo que es propio de la sensualidad, del deleite real, dejando aparte la opinión y las preocupaciones.

Permítanme, para desenvolver mejor mi idea, dejar por un instante a Emilio, cuyo puro y sano corazón a nadie puede servir de regla, y en mí propio ofrecer ejemplo más sensible y menos distante de las costumbres del lector.

Hay estados que parece mudan la naturaleza y que vacían, por decirlo así, en nuevo molde a los hombres, tornándolos mejores o peores. Un cobarde que entra en el ejército se vuelve valiente. No sólo en lo militar se coge el espíritu de cuerpo, ni siempre los efectos que produce son buenos. Cien veces he pensado con terror que si tuviese la desgracia de tomar hoy un empleo que yo sé en cierto país, mañana casi irremediablemente sería tirano, ladrón del erario, destructor del pueblo, funesto al príncipe, enemigo por mi cargo de toda humanidad, toda equidad y toda clase de virtud.

Del mismo modo, si fuese rico, habría hecho todo lo necesario para llegarlo a ser: fuera por tanto insolente y soez, sencillo y delicado para mí solo, sin compasión y acerbo para todo el mundo, desdeñoso espectador de los infortunios de la canalla; que no daría otro nombre a los pobres, para hacer que se olvidaran de que también lo fui yo en otro tiempo. Por fin, únicamente me ocuparía de mi caudal, haciéndole instru-